



El Puma

Alberto Val



DESTINO

El Puma

Alberto
Val

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1709

© Alberto Val, 2025

Autor representado por EDITABUNDO, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-233-6822-8

Depósito legal: B. 11.866-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Miércoles, 11 de diciembre de 2019. 10.00 horas
Comisaría de Puerto de la Cruz

Guiomar Aguilera no soporta el frío del cercano invierno, el claxon de los coches en un atasco ni el fétido olor de las alcantarillas. Pero no puede evitar cruzarse con todo ello cada vez que va al trabajo y, por mucho que sea rutinario, nunca logra acostumbrarse.

—Aquí tienes.

Tampoco le entusiasma recibir cada mañana el amargo café de máquina que le ofrece un sonriente Eduardo Román. Tal vez eso sea lo que más le desagrada de empezar el día.

—Gracias, agente.

Toma el vaso de plástico y le devuelve el gesto con un atisbo de sonrisa al compañero de la Brigada Judicial de Puerto de la Cruz. Luego, se sumerge en la pila de documentos que tiene encima de la mesa. No le gusta que se le acumule el papeleo ni dejar el trabajo a medias. Le genera ansiedad saber que tiene cosas por hacer. Por eso, antes de salir de casa siem-

pre hace la cama, friega la taza que utiliza en el desayuno y acurruca a Thiago por si acaso no vuelve a verlo.

Al coger el primero de los informes, su mirada se desvía sin querer hacia un recorte de prensa que guarda con esmero en una de las esquinas de la mesa. No necesita releerlo: conoce de memoria hasta la ubicación de las comas. Lo que más la obsesiona es una de las imágenes: la máscara hiperrealista de la Perra.

—Qué difícil es pasar página —dice Román desde su silla al verla mirar el recorte de prensa.

—Eso sería lo fácil —responde Aguilera—. Lo difícil es no olvidarlo nunca, para tener presente que el mal no descansa... ni lo caro que puede salir ser policía.

La inspectora deja el recorte en su lugar, no sin antes dedicar una última mirada a la máscara, que todavía le produce escalofríos.

—¡Aguilera! ¡Ven de inmediato!

La voz rota del comisario Javier Carmona la saca de sus ensoñaciones y le recuerda que, más allá del maloliente café de máquina, todavía hay algo que la desagrada más. En concreto, alguien. Y va de camino a su despacho.

—¿Qué quiere?

Está molesta por no poder completar la documentación y no disimula el hastío que le provoca obedecer al comisario.

—Siéntate —ordena Carmona.

Obedece a regañadientes. No le gusta estar en aquella oficina: odia el olor rancio a tabaco y la inco-

modidad que le provoca la presencia del comisario. Sabe que debe mostrar respeto, pero algo en ella se impone cada vez que lo tiene delante, y le impide seguir el protocolo al pie de la letra.

—Toma.

El comisario le lanza una carpeta. Ella vacila, pero al final la recoge.

Es un informe de investigación. Lo primero que le sorprende es el membrete: pertenece a la Guardia Civil.

—¿Qué es esto? —pregunta Aguilera.

—Lee —dice Carmona.

Aguilera pasa la vista por encima del contenido con la intención de satisfacer cuanto antes su curiosidad.

—Un hombre asesinado en su domicilio hace año y medio. Su pareja tiene coartada y el presunto asesino está sin localizar —dice.

—Así es. En otras palabras, un crimen sin resolver.

Sigue hojeando el informe en busca de algo que justifique por qué está en sus manos. No encuentra nada que la vincule. Podría encargarse por jurisprudencia —el crimen se cometió en una localidad dentro de la jurisdicción de su comisaría—, pero no por competencia: la investigación corresponde a la Guardia Civil.

—Uno de tantos que todavía no tienen respuesta —acierta a decir—. Hay miles de casos así. ¿Qué pinto yo?

—Ahora es tu caso —sentencia Carmona, firme.

La inspectora lo mira sorprendida y traga saliva

para evitar soltar algún impropio del que pueda arrepentirse.

—En realidad, de tu equipo. Quieren que os encarguéis de resolverlo.

—Pero... —A Aguilera se le agolpan las preguntas y no sabe por cuál empezar.

—Te hiciste famosa con lo de la Perra, ¿sabes? Y este es el precio que hay que pagar por la fama.

Aguilera vuelve a tomar la carpeta. Si no sintiera el cartón rugoso entre los dedos, creería que está soñando.

—Ramírez, ¿te acuerdas? —prosigue el comisario.

El nombre le es muy conocido. Carmona se refiere a Jonay Ramírez, el delegado del Gobierno en Canarias. Lo conoció durante la investigación de la Perra.

—Le gustó cómo tú y los tuyos resolvisteis el caso —prosigue Carmona—. Quiere que hagáis lo mismo con este asesinato.

—No le va a gustar a los verdes,¹ comisario.

—Por eso Ramírez y yo hemos decidido que lo mejor es no apartarlos. Vas a trabajar con ellos.

Sigue sin salir de su asombro. Lo que parecía otra mañana anodina se ha convertido en una especie de misión diplomática, en la que deberá colaborar con otro cuerpo de seguridad sin hacerlos sentir desplazados.

—Reúne a los tuyos y poneos a trabajar —dice

1. En referencia a la Guardia Civil, por el color de su uniforme.

Carmona—. Ramírez confía en vosotros y yo le he asegurado que, si alguien puede resolver el caso, es la Brigada Judicial de Puerto de la Cruz. Espero que no me decepcionéis y que me dejéis en buen lugar ante él.

Aguilera, ahora absorta en los papeles, ignora al comisario por completo. Ni la reputación de Carmona ni los favores del político le importan. Pasa las páginas con cuidado. El informe incluye fotos de la escena del crimen, declaraciones de los investigados y algunas hipótesis.

—Cuando leas el informe en profundidad te darás cuenta de que está en un punto muerto —dice el comisario—. Hace meses que no hay ningún avance.

Aguilera comprueba que la víctima, un hombre de unos cincuenta años llamado Rafael, apareció flotando en la piscina de su casa el 3 de julio del año pasado. La investigación se centró en su pareja, que logró demostrar que no estaba allí cuando él murió. Desde entonces, ha pasado año y medio y nadie ha sido encarcelado por el asesinato.

—Lo resolveremos —concluye Aguilera, confiada.

La inspectora descubre que hay cosas que la desagravan más en cada jornada laboral que el mañanero café de máquina: odia las injusticias.

2

Miércoles, 11 de diciembre de 2019. 10.30 horas
Comisaría de Puerto de la Cruz

La sala de reuniones de la comisaría de Puerto de la Cruz tiene capacidad para una veintena de agentes. Las sillas están dispuestas en filas frente a una tarima desde la que habla el superior de turno.

Hoy, quien dirige la sesión es Aguilera. Recorre el pasillo entre las sillas con un mando en la mano, pasando las diapositivas del informe. En primera fila están los oficiales Herminio Santos y Beatriz Morales —ambos llevan un anillo con el símbolo del infinito, detalle que no pasa desapercibido para la inspectora—. En segunda fila se sienta Eduardo Román, con la actitud de quien aún se siente en prácticas. Solo falta el subinspector Álex Hidalgo para completar el equipo de la Brigada Judicial.

Aguilera ya no recuerda cuál fue el último caso que inició junto a su marido, y por eso no lo echa de menos en la sala. Lo necesita en casa, o en las consultas con el médico de su hijo Thiago, no aquí. En el trabajo, su ausencia es anecdótica.

—Rafael Barrientos. Cuarenta y seis años. Vivía en Garachico, en una lujosa hacienda que adquirió junto a su pareja y que llamaron Villa Melbar. Ahí es donde lo encontraron muerto.

La fotografía del cadáver del hombre, flotando boca abajo en su piscina, aparece en la pantalla. A los agentes les impresiona ver el cuerpo inerte sobre el agua, con la melena morena desparramada, las manos atadas a la espalda con una cuerda y las piernas estiradas. Junto al borde, una bandolera roja con la cremallera cerrada y una llave a su lado completan la escena.

—Tenía los pulmones encharcados —prosigue la inspectora—. Según la autopsia, estuvieron jugando con él antes de que muriera. Metieron su cabeza dentro del agua en repetidas ocasiones.

—Pobre —dice Santos—. Menuda angustia.

—Eso suena a tortura psicológica más que física —comenta Morales, con tono práctico.

Aguilera se encoge de hombros. Le resulta obvio que, quien fuera el causante de la muerte de Rafael, buscaba algo. Otra cosa es que pueda demostrarlo.

—El informe no profundiza en ese aspecto. Solo dice que la causa del fallecimiento fue por asfixia. Además, la casa no apareció revuelta.

—Tal vez el asesino consiguió lo que pretendía —sigue la oficial—. Y cuando lo logró, lo mató.

La inspectora tiene la misma opinión que Morales. Cambia de diapositiva antes de responder. Ahora aparece un primer plano del hombre, muy pálido, en lo que parece una imagen tomada en la morgue.

—Recibió un fuerte impacto en la cabeza que lo dejó aturdido.

Los agentes examinan la imagen. El lado derecho del cráneo está ligeramente hundido, como si alguien hubiera presionado plastilina con un dedo.

—De esa forma, al asesino le resultó muy sencillo inmovilizarlo y ahogarlo —teoriza Santos.

Aguilera niega con un leve gesto de la cabeza.

—¿No me escucháis cuando hablo? —Los mira con fastidio, como si fuera una profesora enfadada con sus alumnos por no seguir el ritmo de la clase—. He dicho que murió asfixiado, no ahogado.

—¿No es lo mismo? —pregunta Román.

Aguilera suspira antes de contestar. Le toca meterse en el papel de docente.

—Uno se ahoga cuando las vías respiratorias se le inundan de cualquier líquido. Si hablamos de asfixia, significa que algún cuerpo extraño las ha taponado por completo o que han apretado tan fuerte la zona que impedían la respiración.

Los agentes asienten, atentos. En la imagen no se aprecian marcas en el cuello que indiquen estrangulamiento.

—En la autopsia encontraron esto —continúa Aguilera, pasando a otra imagen. Una bolsa hermética contiene un papel arrugado—. Le taparon la nariz y le metieron esto en la boca.

La diapositiva muestra el papel: un reclamo publicitario, de esos que se dejan en parabrisas o buzones. Anuncia una tienda de animales llamada Viracocha.

—¿Es algún tipo de mensaje? —pregunta Román.

—Eso lo tendremos que averiguar nosotros —contesta Aguilera—. En el informe dan por hecho que el asesino cogió el primer papel que tenía a mano.

El agente aprovecha para meter el nombre en el navegador del móvil y la búsqueda arroja más de cuarenta mil resultados. La mayoría tratan sobre deidades y vocablos quechuas con sus significados, pero al fin encuentra algo interesante: una tienda en Icod de los Vinos, una localidad cercana a Puerto de la Cruz. Decide compartir ese último dato con la brigada.

—Perfecto —dice Aguilera—. Tú y yo nos vamos esta mañana de paseo. Vamos a averiguar si conocían a la víctima... o a la pareja.

Morales y Santos llevan años trabajando junto a la inspectora y ya saben cuál va a ser su misión.

—De la pareja nos encargamos nosotros, ¿no? —pregunta Santos.

Aguilera asiente. Pasa varias diapositivas hasta que llega a la imagen de otro hombre. Le asoma una incipiente barriga, síntoma de que disfruta comiendo o alternando en los bares, aunque la mantiene a raya con ejercicio, a juzgar por sus brazos definidos y pectorales marcados. Los dientes perfectamente alineados, el rostro casi sin arrugas, bien afeitado y un implante capilar reciente completan el retrato de alguien que cuida su imagen con esmero.

—Liberto Melide. Según el informe, tiene coartada para el día del crimen.

La inspectora es clara. La documentación recoge todos los pasos de Melide en la fecha en la que mu-

rió su marido: tomó café en un bar, después cogió su todoterreno y unas cámaras de vigilancia de una gasolinera lo captaron llenando el depósito del vehículo. Por último, estuvo comiendo en un restaurante bastante caro. Hubo testigos que avalaron su presencia en esos lugares y fue descartado como sospechoso.

—Investigadle —ordena Aguilera—. Analizad sus pasos.

—¿Sospechas de él? —pregunta Morales.

—Él no lo mató, eso está demostrado —contesta Aguilera.

La inspectora observa la imagen de Melide con intensidad. Sabe cuándo su instinto le está diciendo algo, y en este caso, lo hace a gritos.

—¿Entonces por qué investigarlo? —insiste Santos.

—Que no sea el asesino no significa que no pueda ser el verdugo —responde la inspectora.

Los agentes escuchan con atención y, una vez planteada esa hipótesis, les parece plausible.

—Tengo una corazonada —resuelve Aguilera—. Parece que hizo lo posible para que le vieran en todas partes.

—¿La relación entre ellos era mala? —pregunta Morales.

—El informe no dice mucho. Solo que eran pareja —responde Aguilera, mientras apaga el proyector. La pantalla se funde a negro.

—La casa no fue forzada —dice Santos, repasando el expediente.

La inspectora deja que lean unos minutos más, en silencio.

—El membrete que aparece en las hojas es el de la Guardia Civil —suelta Morales, sorprendida.

—Es asunto de Ramírez y el comisario —responde la inspectora—. Quieren que trabajemos con ellos. Y eso es lo que vamos a hacer.

Los oficiales no preguntan más. No porque lo diga un político, sino porque confían en ella. Si Aguilera ha aceptado el caso, ellos la siguen.

—Id con cuidado —dice, dirigiéndose a Santos y Morales—. Que Melide no sepa que vais tras sus pasos.

—¿No quiere que le hagamos una visita?

La inspectora niega con la cabeza.

—Todavía no. Comprobad su coartada y hablad con quien queráis, pero sin levantar sospechas. No quiero que se entere de que lo estamos investigando.

—¿Ni siquiera para certificar que no miente? —pregunta Santos.

Aguilera vuelve a negar con la cabeza.

—Mirad la página dos del informe —dice la inspectora. Espera a que lleguen a ella—. ¿Cuál es la profesión de Rafael Barrientos?

—Guardia civil —contesta Morales.

—Guardia civil prejubilado—completa Santos.

La inspectora hace una mueca al escuchar a los oficiales, que murmuran entre ellos.

—¿Es...? —inicia Morales, sin terminar de verbalizar sus sospechas.

—Drag Benemérito —acierta a decir Román, que ha estado muy atento a la conversación—. El guardia civil que se hizo famoso por participar en la Gala Drag Queen de Las Palmas de Gran Canaria.

—El mismo —confirma Aguilera.

Los miembros de la brigada se miran. Han pasado años desde aquella gala, pero fue histórica: el primer guardia civil en participar. Apareció en portadas, se hizo conocido en todo el país. Hubo debate entre sus compañeros: algunos lo apoyaron, otros lo criticaron. Con el tiempo, el revuelo se apagó.

—Por eso quieren que nos involucremos —dice Aguilera—. Quieren todo tipo de ayuda para resolver la muerte de un antiguo compañero.